

Karl R. Popper

La sociedad abierta y sus enemigos

Con una adenda del autor

Karl R. Popper

La sociedad abierta y sus enemigos

Con una adenda del autor

Traducción de Eduardo Loedel

Título original: *The Open Society and its Enemies*, de Karl R. Popper
Publicado originalmente en inglés Princeton University Press (Princeton, Nueva Jersey)
y Routledge & Kegan Paul Ltd. (Londres)

Traducción de Eduardo Loedel

Traducción de la adenda de Amparo Gómez Rodríguez

1.ª edición en esta presentación, marzo de 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sir Karl R. Popper, 1945
© de la traducción, Eduardo Loedel
© de la traducción de la adenda, Amparo Gómez Rodríguez
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 1957
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3319-4

Depósito legal: B. 3.213-2017

Impresión y encuadernación en Book Print Digital, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Prefacio.	9
Prefacio a la edición revisada	11
Reconocimientos	13
Introducción.	15

Primera parte EL INFLUJO DE PLATÓN

EL MITO DEL ORIGEN Y DEL DESTINO

Capítulo 1. El historicismo y el mito del destino.	23
Capítulo 2. Heráclito	26
Capítulo 3. La teoría platónica de las formas o ideas.	33

LA SOCIOLOGÍA DESCRIPTIVA DE PLATÓN

Capítulo 4. Cambio y reposo	50
Capítulo 5. Naturaleza y convención	72

EL PROGRAMA POLÍTICO DE PLATÓN

Capítulo 6. La justicia totalitaria.	101
Capítulo 7. El principio de la conducción	136
Capítulo 8. El filósofo rey	154
Capítulo 9. Esteticismo, perfeccionismo, utopismo	173

EL MARCO HISTÓRICO DEL ATAQUE PLATÓNICO

Capítulo 10. La sociedad abierta y sus enemigos.	185
--	-----

Segunda parte
LA PLEAMAR DE LA PROFECÍA

EL SURGIMIENTO DE LA FILOSOFÍA ORACULAR

Capítulo 11. Las raíces aristotélicas del hegelianismo	219
Capítulo 12. Hegel y el nuevo tribalismo	244

EL MÉTODO DE MARX

Capítulo 13. El determinismo sociológico de Marx	296
Capítulo 14. La autonomía de la sociología.	304
Capítulo 15. El historicismo económico	315
Capítulo 16. Las clases	326
Capítulo 17. El sistema jurídico y social	333

LA PROFECÍA DE MARX

Capítulo 18. El advenimiento del socialismo	350
Capítulo 19. La revolución social	361
Capítulo 20. El capitalismo y su destino	380
Capítulo 21. Valoración de la profecía de Marx	406

LA ÉTICA DE MARX

Capítulo 22. La teoría moral del historicismo	412
---	-----

LA COSECHA

Capítulo 23. La sociología del conocimiento	425
Capítulo 24. La filosofía oracular y la rebelión contra la razón	437

CONCLUSIÓN

Capítulo 25. ¿Tiene la historia algún significado?	471
Notas	493
Adenda	799

Primera parte

EL INFLUJO DE PLATÓN

En favor de la sociedad abierta (alrededor del año 430 a. C.)

Si bien sólo unos pocos son capaces de dar origen a una política, todos nosotros somos capaces de juzgarla.

PERICLES DE ATENAS

Contra la sociedad abierta (unos 80 años después)

De todos los principios, el más importante es que nadie, ya sea hombre o mujer, debe carecer de un jefe. Tampoco ha de acostumbrarse el espíritu de nadie a permitirse obrar siguiendo su propia iniciativa, ya sea en el trabajo o en el placer. Lejos de ello, así en la guerra como en la paz, todo ciudadano habrá de fijar la vista en su jefe, siguiéndolo fielmente, y aun en los asuntos más triviales deberá mantenerse bajo su mando. Así, por ejemplo, deberá levantarse, moverse, lavarse, o comer... sólo si se le ha ordenado hacerlo. En una palabra: deberá enseñarle a su alma, por medio del hábito largamente practicado, a no soñar nunca actuar con independencia, y a tornarse totalmente incapaz de ello.

PLATÓN DE ATENAS

EL MITO DEL ORIGEN Y DEL DESTINO

Capítulo 1

EL HISTORICISMO Y EL MITO DEL DESTINO

Se halla ampliamente difundida la creencia de que toda actitud verdaderamente científica o filosófica, como así también toda comprensión más profunda de la vida social en general, debe basarse en la contemplación e interpretación de la historia humana. En tanto que el hombre corriente acepta sin consideraciones ulteriores su modo de vida y la importancia de sus experiencias personales y pequeñas luchas cotidianas, se suele decir que el investigador o filósofo social debe examinar las cosas desde un plano más elevado. Así, desde su ángulo, ve al individuo como un peón, como un instrumento casi insignificante dentro del tablero general del desarrollo humano. Y descubre entonces que los actores realmente importantes en el Escenario de la Historia son, o bien las Grandes Naciones y su Grandes Líderes, o bien, quizá, las Grandes Clases, o las Grandes Ideas. Sea ello como fuere, nuestro investigador tratará de comprender el significado de la comedia representada en el Escenario Histórico y las leyes que rigen el desarrollo histórico. Claro está que si logra hacerlo será capaz de predecir las evoluciones futuras de la humanidad. Podrá, asimismo, dar una base sólida a la política y suministrarnos consejos prácticos acerca de las decisiones políticas que pueden tener éxito o que están destinadas al fracaso.

Tal la descripción sumamente sintética de la actitud que denominaremos *historicismo*. Se trata de una antigua idea o, más bien, de un conjunto de ideas más o menos vinculadas entre sí que han terminado por convertirse, desgraciadamente, en parte tan grande de nuestra atmósfera espiritual, que por lo común las damos por sentadas sin ponerlas en tela de juicio.

En otra parte he tratado de demostrar que el enfoque historicista de las ciencias sociales ofrece resultados verdaderamente pobres. He tratado también de perfilar un método que, a mi juicio, podría producir mejores frutos.

Pero aun cuando el historicismo sea un método defectuoso, incapaz de producir resultados de valor, puede resultar útil el estudio de la forma en que se originó y que llegó a difundirse con tanto éxito. Una indagación histórica emprendida con este propósito puede servir, al mismo tiempo, para analizar la variedad de ideas que se ha ido acumulando alrededor de la doctrina historicista central, la cual afirma que la historia está regida por leyes

históricas o evolutivas específicas cuyo descubrimiento podría permitirnos profetizar el destino del hombre.

Puede hallarse un buen ejemplo de historicismo, al que hasta ahora sólo hemos caracterizado en forma más bien abstracta, en una de sus formas más simples y antiguas, a saber, la doctrina del pueblo elegido. Se intenta con ella tornar comprensible la historia mediante una interpretación teísta, es decir, mediante el reconocimiento de Dios como autor de la comedia representada sobre el Escenario Histórico. La teoría del pueblo elegido supone, en particular, que Dios ha escogido a un pueblo para que se desempeñe como instrumento dilecto de Su voluntad, y también que este pueblo habrá de heredar la tierra.

En esta teoría, la ley del desarrollo histórico responde a la Voluntad de Dios. He aquí, pues, la diferencia específica que distingue la forma teísta de las demás formas de historicismo. El historicismo naturalista, por ejemplo, podría tratar la ley evolutiva como una ley de la naturaleza; un historicismo espiritualista, como la ley del desarrollo espiritual; un historicismo económico, por fin, como una ley del desarrollo económico. El historicismo teísta comparte con estas otras formas la doctrina de que existen leyes históricas específicas, susceptibles de ser descubiertas y sobre las cuales pueden basarse las predicciones relacionadas con el futuro de la humanidad.

No cabe ninguna duda de que la teoría del pueblo elegido surgió de la forma tribal de vida social. El tribalismo —la asignación de una importancia suprema a la tribu, sin la cual el individuo no significa nada en absoluto— es un elemento que habremos de encontrar en muchas de las formas de la teoría historicista. Otras formas que han superado ya la etapa tribalista pueden retener todavía cierto grado de *colectivismo*;¹ así, puede suceder que realcen la significación de cierto grupo colectivo —por ejemplo, una clase— sin la cual el individuo no representa nada en absoluto. Otro aspecto de la teoría del pueblo elegido es el carácter remoto de aquello que se nos presenta como fin de la historia. En efecto, si bien se puede llegar a describir ese fin con cierto grado de precisión, debemos recorrer un largo camino antes de alcanzarlo. Pero el camino no sólo es largo sino también tortuoso, con vueltas hacia derecha e izquierda, adelante y atrás. En consecuencia, resulta posible acomodar convenientemente todo hecho histórico concebible dentro del esquema de la interpretación. De tal modo, ninguna experiencia concebible puede refutarlo.² Pero a quienes creen en él, les suministra *certeza* en cuanto se refiere al resultado final de la historia humana.

En el último capítulo del libro trataremos de efectuar una crítica de la interpretación teísta de la historia, como de demostrar también que algunos de los pensadores cristianos más grandes repudiaron esta teoría por considerarla idólatra. Los ataques contra esta forma de historicismo no deben ser

interpretados, por lo tanto, como un ataque a la religión. En este capítulo, la doctrina del pueblo elegido nos ha servido sólo como ejemplo. Su valor como tal puede apreciarse fácilmente en el hecho de que sus principales características³ son compartidas por las dos versiones modernas más importantes del historicismo, cuyo análisis comprenderá el cuerpo principal de esta obra; nos referimos a la filosofía histórica del racismo o fascismo, por una parte (la derecha), y la filosofía histórica marxista por la otra (la izquierda). En lugar del pueblo elegido, el racismo nos habla de raza elegida (por Gobineau), seleccionada como instrumento del destino y escogida como heredera final de la tierra. La filosofía histórica de Marx, a su vez, no habla ya de pueblo elegido ni de raza elegida, sino de la clase elegida, el instrumento sobre el cual recae la tarea de crear la sociedad sin clases, y la clase destinada a heredar la tierra. Ambas teorías basan su pronóstico histórico en una interpretación de la historia conducente al descubrimiento de cierta ley que rige su desarrollo. En el caso del racismo, se la considera una especie de ley natural; la superioridad biológica de la sangre de la raza elegida explica el curso de la historia, pretérito, presente y futuro; no se trata aquí sino de la lucha de las razas por el predominio. En el caso de la filosofía marxista de la historia, la ley es de carácter económico; toda la historia debe ser interpretada como una lucha de clases por la supremacía económica.

La índole historicista de estos dos movimientos confiere a nuestra investigación un carácter limitado.⁴ Más adelante, a lo largo del libro, volveremos sobre ellos y tendremos ocasión de remontar su origen a la fuente común de la filosofía de Hegel, por lo cual habremos de ocuparnos, también, del examen de dicho sistema. Y puesto que Hegel⁵ sigue los pasos, en varios puntos fundamentales, de ciertos filósofos antiguos, será necesario examinar también las teorías de Heráclito, Platón y Aristóteles antes de retornar a las formas más modernas del historicismo.

HERÁCLITO

Sólo con Heráclito encontramos en Grecia teorías comparables, por su carácter historicista, con la doctrina del pueblo elegido. En la interpretación teísta, o más bien politeísta, de Homero, la historia se presenta como el producto de la voluntad divina. Pero los dioses homéricos no han establecido las leyes generales de su desarrollo. Lo que Homero trata de destacar y explicar no es la unidad de la historia sino, más bien, su falta de unidad. El autor de la comedia representada en el Escenario de la Historia no es un solo Dios; toda una variedad de dioses participan en ella. Lo que la interpretación homérica comparte con la judía es cierto vago sentimiento del destino y la idea de fuerzas ocultas entre bambalinas. Pero según Homero, el destino final se mantiene secreto, conservando, a diferencia de su contraparte judía, su misterio.

El primer griego que introdujo una teoría historicista más definida fue Hesíodo, probablemente bajo la influencia de las fuentes orientales. Hesíodo difundió la idea de un impulso o tendencia general, en determinado sentido, del desarrollo histórico. Su interpretación de la historia es pesimista: según él, la humanidad, alcanzada la edad de oro, está luego destinada a *degenerar*, tanto física como moralmente. La culminación de las diversas ideas historicistas profesadas por los primeros filósofos griegos llega con Platón, quien, en una tentativa de interpretar la historia y la vida social de las tribus griegas y, en particular, de los atenienses, trazó una grandiosa pintura filosófica del mundo. En su historicismo, sufrió una fuerte influencia de sus diversos predecesores, especialmente de Hesíodo; sin embargo, la influencia de mayor peso deriva directamente de Heráclito.

Heráclito fue el filósofo que descubrió la idea de *cambio*. Hasta esta época, los filósofos griegos, bajo la influencia de las ideas orientales, habían visto el mundo como un enorme edificio, en el cual los objetos materiales constituían la sustancia de que estaba hecha la construcción.¹ Comprendía ésta la totalidad de las cosas, el *cosmos* (que originalmente parece haber sido una tienda o palio oriental). Los interrogantes que se planteaban los filósofos eran del tipo siguiente: «¿de qué está hecho el mundo?», o bien: «¿cómo está construido, cuál es su verdadero plan básico?» Consideraban la filoso-

fía o la física (ambas permanecieron indiferenciadas durante largo tiempo) como la investigación de la «naturaleza», es decir, del material original con que este edificio, el mundo, había sido construido. En cuanto a los *procesos* dinámicos, se los consideraba, o bien como parte constitutiva del edificio, o bien como elementos reguladores de su conservación, modificando y restaurando la estabilidad o el equilibrio de una estructura que se consideraba fundamentalmente estática. Se trataba de procesos cíclicos (aparte de los procesos relacionados con el origen del edificio; los orientales, Hesíodo y otros filósofos se planteaban el interrogante de «¿quién lo habrá hecho?»). Este enfoque tan natural aun para muchos de nosotros todavía, fue dejado de lado por la genial concepción de Heráclito. Según ésta, no existía edificio alguno ni estructura estable ni cosmos. «El cosmos es, en el mejor de los casos, una pila de basuras amontonadas al azar», nos declara Heráclito.² Para él, el mundo no era un edificio, sino, más bien, un solo proceso colosal; no la suma de todas las cosas, sino la totalidad de todos los sucesos o cambios o *hechos*. «Todo fluye y nada está en reposo»; he ahí el lema de su filosofía.

Durante largo tiempo se dejó sentir la influencia del descubrimiento de Heráclito sobre el desarrollo de la filosofía griega. Los sistemas filosóficos de Parménides, Demócrito, Platón y Aristóteles pueden describirse todos adecuadamente como otras tantas tentativas de resolver los problemas planteados por este universo en perpetua transformación, descubierto por Heráclito. Difícilmente puede sobreestimarse la grandeza de este descubrimiento, que ha sido calificado de aterrador y cuyo efecto se ha comparado con el de un «terremoto en el cual... todo parece oscilar».³ Por mi parte, no me cabe ninguna duda de que Heráclito llegó a este descubrimiento debido a terribles experiencias personales, padecidas como resultado de los trastornos sociales y políticos de la época que le tocó vivir. Heráclito, el primer filósofo que se ocupó, no ya «de la naturaleza», sino incluso de problemas ético-políticos, vivió en un momento histórico de revolución social. Era la época en que las aristocracias tribales griegas comenzaban a ceder ante el nuevo empuje de la democracia.

Si queremos comprender el efecto de esta revolución deberemos recordar la estabilidad y rigidez de la vida social en una aristocracia tribal. La vida social se halla determinada por tabúes sociales y religiosos; todos los individuos tienen su lugar asignado dentro del conjunto de la estructura social; todos sienten que su lugar es el apropiado, el «natural», puesto que les ha sido adjudicado por las fuerzas que gobiernan el universo; todos «conocen su lugar».

De acuerdo con la tradición, la condición de Heráclito era la de heredero de la familia real de reyes sacerdotes de Éfeso, pero renunció a sus derechos en favor de su hermano. Pese a su orgullosa negativa a tomar parte en

la vida política de su ciudad, defendió la causa de los aristócratas, quienes trataban en vano de contener la impetuosa marea de las nuevas fuerzas revolucionarias. Estas experiencias en el campo social o político se reflejan claramente en los fragmentos que se conservan de su obra.⁴ «Los ciudadanos adultos de Éfeso tendrían que ahorcarse todos, uno por uno, y dejar el gobierno de la ciudad en manos de los niños...», dice Heráclito en uno de sus exabruptos provocados por la decisión del pueblo de expatriar a Hermiodoro, un aristócrata amigo suyo. Su interpretación de los motivos del pueblo reviste el mayor interés, pues demuestra que el caballito de batalla de las argumentaciones antidemocráticas no ha cambiado mucho desde los primeros días de la democracia. «Dicen ellos: no debe haber mejores entre nosotros, y si alguno se destaca, entonces que se vaya a otra parte, con otra gente.» Esta hostilidad hacia la democracia irrumpe a través de todos sus fragmentos: «...el populacho se llena el vientre como las bestias... Escogen por guías a los vates y las creencias populares, sin advertir que los malos constituyen mayoría y sólo la minoría es buena... En Priena habitaba Bias, hijo de Teutabes, cuya palabra pesa más que la de otros hombres. (Y éste decía: “la mayoría de los hombres son malvados”... El populacho por nada se preocupa, ni aun por las cosas con que se da de narices, ni tampoco puede aprender lección alguna, aunque esté convencido de que sí puede». Dentro de este mismo tenor afirma: «La ley puede exigir, también, que sea obedecida la voluntad de Un Hombre». Otra expresión del punto de vista conservador y antidemocrático de Heráclito resulta, por una casualidad, perfectamente aceptable para los demócratas en su significado aparente, aunque no en su intención: «Un pueblo debe luchar por las leyes de su ciudad como si fueran sus muros».

Pero la lucha de Heráclito en defensa de las antiguas leyes de su ciudad resultó vana; y lo efímero de todas las cosas dejó una impresión imborrable en su espíritu. Con su teoría del cambio no hace sino dar expresión a este sentimiento:⁵ «Todo fluye», declara, y también, «no es posible bañarse dos veces en el mismo río». Desilusionado, argumentó contra la creencia de que el orden social existente habría de durar eternamente: «No debemos conducirnos como niños alimentados con la estrecha mira que se expresa en la frase “así nos llegó a nosotros”». Esta insistencia en el cambio y, especialmente, en la transformación de la vida social, constituye una importante característica, no sólo de la filosofía de Heráclito, sino también del historicismo en general. Que las cosas y hasta los reyes cambian es una verdad indiscutible que debe grabarse perfectamente, especialmente en aquellos que aceptan sin actitud crítica su medio social. Sin embargo, si bien hemos de admitir esta parte de su doctrina, el todo padece una de las características más perniciosas del historicismo, a saber, la atribución de una importancia

excesiva al cambio, junto con la creencia complementaria en una *ley del destino* inexorable e inmutable.

En esta creencia nos vemos enfrentados con una actitud que, si bien parece contradecir, a primera vista, la insistencia de los historicistas en el cambio, es característica de la mayoría, si no de todos ellos. Quizá podamos explicar esta actitud si interpretamos la insistencia del historicista en lo mudable como síntoma de un esfuerzo necesario para vencer una resistencia inconsciente a la idea de cambio. Esto explicaría, también, la tensión emocional que conduce a tantos historicistas (aun en nuestros días) a hacer hincapié en la novedad de la revelación nunca oída que deben formular a la humanidad. Estas consideraciones sugieren la posibilidad de que los historicistas teman las transformaciones y que no sean capaces de aceptar la idea de cambio sin una seria lucha interior. A menudo, parece como si trataran de consolarse por la pérdida de un mundo estable, aferrándose a la concepción de que todo cambio se halla gobernado por una ley inmutable. (En Parménides y en Platón llegaremos a encontrar, incluso, la teoría de que el cambiante mundo en que vivimos es sólo una ilusión y de que existe otro mundo más real que se mantiene eternamente inalterable.)

En el caso de Heráclito, la importancia atribuida al cambio lo conduce a la teoría de que todos los objetos materiales, ya sean sólidos, líquidos o gaseosos, son semejantes a llamas, es decir, que más que objetos son procesos y equivalen todos ellos a otras tantas transformaciones del fuego. La tierra (compuesta de cenizas), aparentemente tan sólida, no es sino fuego en un estado de transformación, y hasta los líquidos (y pueden convertirse en combustible, quizá bajo la forma de petróleo). «La primera transformación del fuego es el mar; pero del mar, la mitad es tierra y la otra mitad, aire caliente.»⁶ De este modo, todos los demás «elementos» —la tierra, el agua y el aire— son producto de la transformación del fuego: «Todas las cosas pueden transformarse en fuego y, a la inversa, del mismo modo que el oro puede convertirse en mercaderías y las mercaderías en oro».

Pero habiendo reducido todas las cosas a llamas, a procesos semejantes al de la combustión, Heráclito cree ver en esos procesos una ley, una medida, una razón, una sabiduría; y habiendo destruido el cosmos como edificio y declarado que sólo era un montón de basuras, lo rescata para introducirlo nuevamente bajo la forma del orden predestinado de los sucesos en el proceso universal.

Todo proceso del universo y, en particular, el propio fuego, se desarrolla de acuerdo con una ley definida que es su «medida»;⁷ es ésta una ley inexorable e irresistible y, en esto, la idea de Heráclito se asemeja a nuestra moderna concepción de la ley natural, como así también a la concepción de las leyes históricas o evolutivas de los historiadores modernos. Pero discre-

pa de estas concepciones en la medida en que considera a la ley un decreto de la razón, cuyo cumplimiento se halla compelido por el castigo, exactamente de la misma manera que la ley impuesta por el Estado. Esa falta de diferenciación entre las leyes o normas legales por un lado y por el otro, las leyes o uniformidades de la naturaleza, constituye un rasgo característico del tabuismo tribal. En efecto, ambos tipos de leyes son considerados igualmente mágicos, de modo que resulta inconcebible toda crítica racional de los tabúes creados por el hombre, así como resulta inconcebible toda tentativa de perfeccionar la razón y sabiduría última de las leyes del mundo natural: «Todos los hechos acaecen con la necesidad del destino... el sol no se desviará un solo paso de su trayectoria, so pena de que las diosas del Destino, las emisarias de la Justicia, lo encuentren y lo vuelvan de inmediato a su curso». Pero el sol no sólo obedece a la ley; el Fuego, bajo la forma del sol y (como veremos) del rayo de Zeus, vigila el cumplimiento de la ley y se pronuncia en su conformidad. «El sol es el celoso custodio de los períodos, limitando, juzgando, anunciando y manifestando los cambios y estaciones que son la fuente de todas las cosas... Este orden cósmico, que es el mismo para todas las cosas, no ha sido creado ni por dioses ni por hombres; siempre fue, es y será un Fuego eternamente encendido que se aviva conforme a la medida y decrece también de acuerdo con ella... En su obra el Fuego lo juzga, lo toma y lo condena todo.»

Frecuentemente se encuentra cierto elemento místico combinado con la idea historicista de un destino implacable. En el capítulo 24 el lector hallará un análisis crítico del misticismo; aquí sólo nos limitaremos a mostrar el papel desempeñado por el antirracionalismo y el misticismo en la filosofía de Heráclito:⁸ «A la naturaleza le gusta ocultar —declara— y el Señor cuyo oráculo se encuentra en Delfos ni revela ni esconde, sino que expresa su significado por medio de sugerencias». El desprecio de Heráclito hacia los investigadores de mentalidad más empírica es típico de aquellos que adoptan esta actitud: «Aquel que conoce muchas cosas no necesita tener muchos cerebros pues, de otro modo, Hesíodo y Pitágoras los hubieran tenido en mayor número y lo mismo Jenófanes... Pitágoras es el abuelo de todos los impostores». Del brazo de este desdén hacia los hombres de espíritu científico, marcha la teoría mística de la comprensión intuitiva. La teoría heraclítica de la razón tomó como punto de partida el conocimiento de que si estamos despiertos, vivimos en un mundo común. Podemos comunicarnos y controlar y verificar nuestras existencias, unos con otros; y aquí reside nuestra seguridad de que no somos víctimas de una ilusión. Pero a esta teoría también se le atribuye un segundo significado de carácter simbólico o místico. Se trata de la teoría de la intuición mística conferida a los elegidos, a aquellos que se hallan despiertos, que tienen la facultad de ver, oír y

hablar: «No debemos comportarnos y hablar como si estuviéramos dormidos... quienes se hallan despiertos poseen un mundo común; aquellos que duermen se encierran en sus mundos privados... Ellos son incapaces tanto de escuchar como de hablar... Aun cuando oigan, es como si fueran sordos, y puede decirse de ellos aquello de que “están presentes y sin embargo no lo están”... Una sola cosa es la sabiduría: comprender el pensamiento que guía a todas las cosas a través de todas las cosas». El mundo cuya experiencia resulta común a aquellos que se hallan despiertos es la unidad mística, lo singular entre todas las cosas, que sólo puede ser aprehendido por la razón: «Debemos seguir aquello que es común a todos... La razón es común a todos... Todo se convierte en Uno y Uno se convierte en Todo... El Uno que representa exclusivamente la sabiduría quiere y no quiere ser llamado por el nombre de Zeus... Es el rayo que guía todas las cosas».

Y baste por ahora en cuanto a los rasgos generales de la filosofía de Heráclito sobre el cambio universal y el destino oculto. De esta filosofía se desprende la teoría de la fuerza impulsora que yace detrás de todo cambio, teoría que manifiesta su índole historicista en su insistencia sobre la importancia de la «dinámica social», en oposición a la «estática social». La dinámica heraclítica de la naturaleza, en general, y de la vida social, en particular, confirma la opinión de que su filosofía le fue inspirada por los trastornos sociales y políticos que le tocó experimentar. En efecto, Heráclito declara que la lucha o la guerra constituye el principio dinámico y a la vez creador de todo cambio y, especialmente, de todas las diferencias que existen entre los hombres. Y como buen historicista típico ve en el juicio de la historia un juicio de carácter moral,⁹ pues sostiene que el resultado de la guerra es siempre justo:¹⁰ «La guerra es la madre y reina de todas las cosas. Ella demuestra quiénes son dioses y quiénes meros hombres, convirtiendo a éstos en esclavos y a aquéllos en amos... Ha de saberse que la guerra es universal y que la justicia es pugna, y que todas las cosas se desarrollan a través de la lucha y por necesidad».

Pero si la justicia es lucha o guerra; si «las diosas del Destino» son, al mismo tiempo, «las emisarias de la Justicia»; si la historia, o, mejor dicho, si el éxito —es decir, el éxito en la guerra— constituye el criterio para medir el mérito, entonces el patrón mismo del mérito debe hallarse también «en continuo fluir». Heráclito resuelve este problema por medio de su relativismo y de su doctrina de la identidad de los opuestos. Tal se desprende de su teoría del cambio (que sigue siendo la base de la teoría de Platón y aún más todavía de la de Aristóteles). Un objeto que cambia debe perder cierta propiedad para adquirir la propiedad opuesta. Más que de un objeto, se trataría, entonces, de un proceso de transición de un estado a otro opuesto, o sea, una unificación de los estados opuestos:¹¹ «Los objetos fríos se calientan y los calientes se enfrían; lo que está húmedo se seca y lo que está seco se hu-

medece... La enfermedad nos permite apreciar la salud... La vida y la muerte; la vigilia y el sueño; la juventud y la vejez, todo esto es idéntico, pues lo primero se convierte en lo segundo y esto vuelve a ser lo primero... lo divergente concuerda consigo mismo: es una armonía resultante de tensiones opuestas, como en el arco o en la lira... Los opuestos se pertenecen mutuamente; la mejor armonía resulta de la disonancia y todo se desarrolla a través de la lucha... La senda que conduce hacia arriba y la que conduce hacia abajo es la misma... La línea recta y la tortuosa son una sola e idéntica línea... Para los dioses, todas las cosas son hermosas, buenas y justas; los hombres, sin embargo, a algunas las consideran justas y a otras, injustas... El bien y el mal son idénticos».

Pero el relativismo de los valores (podría describírselo, incluso, como un relativismo ético) expresado en el último fragmento no le impide a Heráclito desarrollar sobre el marco de su teoría de la justicia, de la guerra y del veredicto de la historia, una ética tribalista y romántica de la Fama, del Destino y de la superioridad del Gran Hombre, todo lo cual se asemeja extrañamente a algunas ideas sumamente modernas:¹² «Aquel que caiga luchando será glorificado por los Dioses y por los hombres... Cuanto más grande la caída, más glorioso el destino... Los mejores buscan una sola cosa por encima de todo: la fama eterna... un solo hombre vale más que diez mil, si es Grande».

Sorprende hallar en esos antiguos fragmentos, cuya fecha se remonta al año 500 a. C., tantas ideas características del moderno historicismo y de las recientes tendencias antidemocráticas. Pero aparte del hecho de que Heráclito fue un pensador de fuerza y originalidad no superadas y que, en consecuencia, muchas de sus ideas se han convertido (a través de Platón) en parte constitutiva del cuerpo principal de la tradición filosófica, la similitud filosófica quizá pueda explicarse, hasta cierto punto, por la similitud de las condiciones sociales de los períodos pertinentes. Es como si las ideas historicistas adquirieran relieve espontáneamente en las épocas de grandes transformaciones sociales. Así, hicieron su aparición cuando se derrumbó la vida tribal griega, y también cuando la de los hebreos cayó bajo el impacto de la conquista babilónica.¹³ No pueden haber grandes dudas, a mi juicio, de que la filosofía de Heráclito constituye la expresión de un sentimiento de andar a la deriva; sentimiento que parece constituir una típica reacción ante la disolución de las antiguas formas tribales de vida social. En la Europa de los tiempos modernos las ideas historicistas fueron resucitadas durante la revolución industrial, especialmente a raíz del impacto de las revoluciones políticas en América y Francia.¹⁴ Parece ser algo más que una mera coincidencia el que Hegel, que tanto tomó del pensamiento de Heráclito transmitiéndolo a todos los movimientos historicistas modernos, fuera el intérprete de la reacción contra la Revolución Francesa.